

NUNCA HABRÍA PODIDO IMAGINAR

Hace ya varios años que dejé mi aldea en las montañas de Los Ancares y fui a Barcelona en busca de un mejor futuro. Llegué en el 35 y la inmensidad de la ciudad me dejó asombrado, fue un gran contraste. Pasé de una aldea de diez habitantes a un laberinto de calles y edificios que abarcaban una extensión que nunca habría podido imaginar.

Tampoco nunca pensé que pocos días después de llegar a la gran ciudad conocería a María, la que sería el gran amor de mi vida y, con la que varios meses después y por la gran atracción que existía entre nosotros, me casaría y formaría una familia de la que no disfrutaría.

En la gran urbe inicié junto con mi esposa una vida a la que nunca habría podido optar de haber permanecido en la pequeña aldea de la que procedía: una vida llena de alegría, pasión y repleta de oportunidades. Una vida estable y feliz.

Llegó el 36 y se produjo un vuelco importante en nuestras vidas, todo nos cambió. La frustrada sublevación nacional que se produjo en Barcelona provocó el alzamiento de radicales comunistas y anarquistas. El peligro y la inseguridad inundó las calles de la gran ciudad y se volvió caótica. La vida que conseguí en un año se fue diluyendo a gran velocidad.

Buscando la ínfima posibilidad de arreglar las cosas en mi vida, me alisté en el Ejército Republicano y abandoné la ciudad y a ella, a María, para ir a batallar contra los sublevados.

Lo que antes había sido felicidad se convirtió en el horror de la guerra más sanguinaria y menos noble. Hermanos luchando contra hermanos, vecinos contra vecinos, todo por el mando de unos pocos y por la busca de conseguir el triunfo de una ideología.

Esta guerra, alimentada por tensiones sociales y apoyada por países extranjeros, devastó mi patria. Tuve que luchar en muchos frentes y maté a los que en realidad eran iguales a mí, personas que solamente habían nacido en el lado contrario y a los que les había tocado luchar en un ejército diferente. Podría haber sido amigo de estas personas, pero nos tocó estar en bandos opuestos.

Cada vez más, en las filas republicanas se iba sintiendo un ambiente claro de derrota debido a las incesantes victorias del ejército nacional. Los comisarios políticos en el frente intentaron esconder ese sentimiento, alentando a los soldados a luchar hasta la muerte con la promesa de una victoria que cada vez quedaba más lejos. Esto agravó el sentimiento de desaliento.

A finales del 38 me escapé del frente. Recibí una carta enviada desde Barcelona, era de mi mujer. Me dio la noticia de que antes de que yo marchase a la guerra ella se había quedado embarazada y que ya hacía unos meses que había nacido nuestro hijo. Inmediatamente me adentré en territorio republicano hasta que conseguí encontrar un transporte que me llevó de vuelta a Barcelona.

Al llegar a casa abracé con fuerza a mi mujer y a mi hijo. Estaba ansioso por verlos, pero el verdadero motivo de mi vuelta era reconocer a mi hijo para que mi mujer no se convirtiese en madre soltera. Sabía que era la única oportunidad que tenía para hacerlo porque los nacionales avanzaban hacia Barcelona y yo no podía permanecer mucho más tiempo en el país.

Un par de meses después encontré un grupo de republicanos que huían a Francia. Me despedí de mi familia con un “algún día volveré” y marché con el grupo hacia los Pirineos.

Mientras íbamos marchando hacia la frontera, el cansancio se iba apoderando de nuestros cuerpos. Durante la travesía íbamos tirando la mayoría de las armas que llevábamos con nosotros, al igual que parte de nuestro equipaje, para aligerar peso y asegurar la llegada a la frontera.

En la frontera entre España y Francia, los gendarmes franceses nos dejaron pasar, no sin antes quitarnos las armas de las que no nos desprendimos. Fuimos enviados en un convoy a una ciudad llamada Argelés-sur-Mer, donde nos dejaron a nuestra merced en la playa, en un campo de refugiados republicanos.

Allí estábamos retenidos por la gendarmería francesa, en condiciones insalubres. Sin agua potable y sin comida, el campo era un caos. La gente lavaba la ropa con el agua del mar y dormíamos en tiendas de campaña en malas condiciones. La gente moría de hambre y por enfermedades. Estábamos en un completo abandono.

Conseguir algún cuenco para recoger el agua de la lluvia para poder beber era difícil, pero también peligroso. Si conseguías algún objeto similar, te convertías en el blanco de otros refugiados que también querían beber. Por las noches los refugiados cantaban en grupo para no oír los gritos del hombre al que mataban para quitarle cualquier cosa que sirviese para recoger el agua de la lluvia.

Sé que pasé allí mucho tiempo, pero no sé cuánto exactamente. La tensión constante del campo y las condiciones inhumanas provocaron que perdiese la noción del tiempo completamente.

Después de un tiempo viviendo en completo abandono, las autoridades francesas desalojaron el campo de refugiados y nos metieron a todos en un tren.

La alegría inundó nuestros cuerpos y la esperanza que habíamos perdido ya mucho antes de entrar al campo volvió en un segundo. Todos pensamos que volvíamos a España, que los ganadores de la guerra civil nos acogían sin represalias. Cantamos, bailamos, lloramos. Por fin salíamos del sucio páramo en el que habíamos estado encerrados tanto tiempo.

Todo ese furor se fue consumiendo a medida que el viaje duraba cada vez más tiempo del esperado. La frontera con España no llegaba nunca. Íbamos pasando decenas y decenas de poblaciones francesas cuyo nombre no habíamos oído nunca.

Los ánimos quedaron por los suelos cuando un día despertamos y vimos que el tren estaba pasando el control de la frontera de Francia con Alemania, cosa que no nos podíamos creer. Que ingenuos habíamos sido, no volvíamos a nuestra patria, sino que ahora volvíamos a ser prisioneros de otra.

El tren tardó unas horas más en llegar a su último destino, la llamada prisión de Moosburg. Nos separaron a todos y nos encerraron en celdas independientes. Lo único que experimentamos en la prisión fue el sufrimiento. Incesantes interrogatorios para identificarnos que siempre iban acompañados de tortura, torturas que los nazis disfrutaban hacer. En celdas minúsculas y en condiciones precarias, casi sin agua ni comida y sin poder dormir, los gritos de los otros prisioneros no me dejaban descansar.

Llegó el día que nos trasladaron. Cuando nos sacaron de la prisión y nos montaron en otro tren, me di cuenta de que éramos muchos menos que antes de llegar a la prisión. Nos encerraron en vagones de madera, hacinados como ganado.

El intérprete de las SS nos comunicó que íbamos a ser internados en un campo de trabajo llamado Mauthausen, lo que resultó un alivio para nosotros. En la prisión habíamos estado encerrados en celdas y nos habían torturado constantemente. Al menos en el campo de trabajo no nos torturarían y nos tendrían en condiciones aceptables ya que íbamos a trabajar para ellos. Eso era lo que creíamos.

En esa ocasión el viaje en tren fue mucho más corto, pronto llegamos a nuestro destino. Al mismo tiempo que salimos de los vagones y nos adentramos en el campo amenazados a punta de pistola nos fuimos dando cuenta de la cruda realidad.

Vimos pasar a nuestro lado prisioneros completamente demacrados. Vestidos con un uniforme a rayas. Los que serían más tarde nuestros compañeros estaban heridos y desnutridos y en sus ojos se veía una mirada de desesperación.

A lo lejos se escuchaban constantes gritos, tanto de guardias alemanes dando órdenes a los presos, como de estos últimos siendo maltratados por los alemanes. Del cielo caía constantemente ceniza procedente de grandes chimeneas en el complejo del campo.

Allí he pasado ya un tiempo viviendo, si es que a esto se le puede llamar vida. Dormimos un tiempo insuficiente amontonados en barracones de madera, sin higiene y sin agua limpia. Nos dan escasa comida y nos obligan a trabajar sin descanso todo el día en la cantera. Somos víctimas de violencia y maltrato por parte de los guardias de las SS.

He visto caer heridas y enfermas a muchas personas que había conocido en Francia. Cuando los guardias se los llevaban a la supuesta enfermería, ya no se los volvía a ver nunca más.

Un preso judío alemán que sabía un poco de español nos contó el significado de la inscripción “arbeit macht frei” a la entrada del campo. Nos dijo que significaba “el trabajo libera”. Hemos trabajado mucho, pero aún no hemos sido liberados. Ya dudo mucho de la veracidad de la inscripción.

A menudo llegan nuevos prisioneros al campo. Pienso que deben sentir la misma sensación al vernos, que yo cuando llegué.

No sé cuánto más aguantaré aquí, cada vez me siento con menos fuerzas para seguir y veo que la vida en mi interior se está apagando poco a poco. Todos hemos sido víctimas de luchas injustas e innecesarias entre iguales, luchas que lo único que han hecho ha sido destruir nuestras vidas, algo que nunca hubiese podido imaginar.